CAPITULO II

La tierra giraba por primera vez en su órbita, inflamada al contacto del éter por la rapidez de su rotacion.

Estaba entónces como el barro sobre la rueda del alfarero, blanda y flúida, achatada en los polos y redonda en el ecuador.

El Vulcano interior, inclinado sobre su horno, movia sin cesar la pasta del granito y la esparcia por la superficie en capas de cimiento.

El inmenso volúmen de agua que hoy forma el Océano, volatilizado por la llama de la inmensa hoguera, flotaba en el espacio en estado de gas con sus depósitos de cal, tambien volatilizados.

Pero la corteza enrojecida del granito se endurecia gradualmente por la irradiacion del calor, y al endurecerse, sellaba con una bóveda la frente ardiente del cíclope inclinado sobre su fragua.

El mar suspenso, esperando su hora desde lo alto de la atmósfera, aislado ya del brasero, y condensado en vapor por el frio del planeta, rodó de polo á polo en sombría nube.

Formó la noche sobre la tierra como para un drama divino, y al llamamiento del caos, vaciló sobre sí mismo, y se hundió de un golpe, deshecho en inmensa catarata.

Debió ser para el ojo que lo vé todo, y para el oido que clama indirectamente la realidad de la creacion, puesto que limitado por ella, debe existir aunque sea solo como límite.

Esta tromba infinita, cargada de todo el peso de los mares y de toda la cal disuelta, debia necesariamente desencadenar en su caida un huracan de electricidad.

El planeta, cogido de improviso por las olas del diluvio; luchó en su ira contra esta invasion del agua por medio de una perpétua explosion de volcanes.

En el cielo habia truenos, en la tierra el cráter rugiendo y arremolinándose á un mismo tiempo y despidiendo rayos contra rayos en espantosas descargas.

La tierra en esta lucha palpitaba bajo el peso del cataclismo, y saltaba impelida por convulsiones y angustias.

El granito, arrancado de su base, volaba en pedazos; la lava corria como sangre, y á través de la llanura aterrada, el agua y el fuego iban buscando el centro del globo para volver á luchar.

El agua acabó por sumergir el cráter, que se apagó y se cayó vomitando una nube de ácido carbónico en el espacio.

La tierra cayó sobre sí misma, fatigada y aun vibrando en prolongada conmocion, el seno desgarrado, surcado por las montañas y los valles; como los pliegues ya inmovibles y unidos á su epidermis, de sus sustos y de sus estremecimientos.

El rayo vencedor se remontó majestuosamente con sordo murmullo hasta el trono del Invisible, y el mundo volvió á quedar en equilibrio.

Esta fué la primera revolucion del planeta. Esta jornada fundó la primera base de la ciudad universal de las existencias. El fuego habia dado el granito, el agua, la cal. De la union de estas dos sustancias, el agua y la roca, obrando una sobre otra, la fuerza plástica del globo sacó el humus, y del humus esas equívocas profecías de vida vegetal, esas plantas seculares, algas ó fucus que reproducen sin descanso y con infatigable sencillez las mismas formas y las mismas combinaciones. Pasó despues la línea sobre este primer boceto para ensayar una segunda generacion de plantas rudimentales sin duda, pero mas complicadas, las criptógamas, por ejemplo, el helecho, y de esperimento en esperimento, llegó á formar las plantas fanerógamas; los cedros y las palmeras. Como el aire estaba henchido de ácido carbónico, la vegetacion bebió en este inmenso algibe. Convirtió en inagotables selvas de árboles gigantes, los tesoros de carbono amontonados en la atmósfera. Se paró en este último descargadero para meditar otro problema, y sumergió esta flora incorrecta y bárbara, en los profundos herbarios de sus minas.

Esta fué la segunda revolucion del planeta; esta jornada habia creado el vegetal.

La atmósfera, una vez purificada de ácido carbónico, y preparada para la respiracion, el espíritu creador de la primera edad introdujo la vida animal en el planeta, y empezó por los animales mas elementales, por los zoófitos, muestras dudosas de la vegetacion animal que se despertaba. Despues, de uno á otro, abordó el organismo mas sábio y mas variado de los animales vertebrados. Formó sucesivamente los peces, los reptiles, los cocodrilos, los mastodontes, y en fin algunos raros ejemplares de animales actuales, como el rinoceronte, el elefante, el camello y el caballo, rayos animados que la naturaleza primitiva proyectaba á la aurora desde el fondo de sus sombras. Porque la vida vagaba en los limbos. La tierra estaba cubierta de vapores. El sol sin rayos esparcia apénas un dudoso crepúsculo. El suelo estaba viscoso. El volcan moribundo dirigia de aquí á allí su llama mitad apagada, sobre la lívida llanura, en la que el plesiosauro de cuello largo batia con sus alas el pantano del diluvio.

Despues de haber terminado sus estudios en la sombra, tomando, por decirlo así, la vida desde el alfabeto, deletreándole monosílabo por monosílabo, la naturaleza cerró el libro, y dueña ya de todos los secretos de la creacion, elaboró en su pensamiento el último Génesis. Cubrió de un sudario su primer bosquejo de vida animal y esparció sobre el mundo borrado una nueva senda de verdura, para preparar al huésped preferido, convidado á su gloria, un suntuoso recibimiento y una espléndida sala de festin: esta fué su última creacion.

La tierra reviste desde este momento la forma su-

prema que tiene hoy. Realiza en la superficie los mismos períodos de séres que en su historia, y resucita bajo distintas formas, algunas veces las mismas, las floras y los faunos que habia sepultado bajo sus lozas de cal. De los distintos génesis, anteriores, episódicos y sucesivos, hace el último génesis, uno y dramático, que reproduce simultáneamente á la luz todas las séries de progresos que habia atravesado en el pasado en distintos intervalos. Renace con la memoria completa de sus obras, como el hombre renacerá un dia con la restitucion completa de sus recuerdos.

¿Y cómo ha clasificado la ciencia en esta creacion definitiva, los séres colocados bajo su mirada?

Los ha clasificado segun la superioridad de su vida, y ha llamado vida superior á la que mas participa de la inmensidad por el movimiento, de la eternidad por la duracion, y por eso se reviste mas del carácter de personalidad que no se halla elevado á su omnipotencia, mas que en la inmensidad y la eternidad asociados y armonizados en Dios, al único sér, como hemos visto, plenamente personal.

En el primer grado de la escala, la ciencia inscribe el mineral.

El mineral limitado á sí mismo, no toma parte en el espacio fuera de su límite. Preso por la atraccion siempre en el mismo sitio, posee no la dureza sino la persistencia, es decir, la negacion de la duracion que implica siempre la idea de evolucion. Cuando el estado presente de un cuerpo es exactamente igual al pasado, el presente y el pasado confundidos uno en otro, no forman en el reloj de la vida mas que un momento.

Informe, inerte, sepultado en la indiferiencia y en la insensibilidad, no tiene ni funciones, ni figura determinada: en una palabra, ninguna condicion de individualidad y de existencia. Compuesto de moléculas semejantes reproducidas hasta el infinito, en iguales combinaciones, existe lo mismo en veinte fragmentos que en uno solo; una muestra le contiene por completo. Es, en fin, el sér en embrion, puramente pasivo: pasivo sin duda, pero no inmutable, porque entra tambien en su inferioridad á comunicarse con el infinito. El infinito, silencioso alquimista, va á buscarle debajo de la tierra por medio de sus flúidos invisibles, el calor y la electricidad, para trabajarle y trasformarle en mármol, en pórfiro, en cristal, en diamante. El cristal es, pues, el último progreso del mineral, tiene las dos cualidades de la vida, el color y la forma, color monótono sin duda, y forma geométrica, como para reproducir la sencillez de la molécula por la uniformidad de la línea y de las tintas.

La ciencia coloca en el segundo grado de vida al vegetal.

Como el mineral, su predecesor en el progreso de la existencia, el vegetal es sedentario. Posee apénas el sitio de su sombra en la extension. Crece, se cubre de hojas, florece, cumple en una palabra, desde su primera hasta la última hora, la peripecia de su destino, sobre el terron de la tierra donde tiene sus raíces. Sin embargo, como es superior al mineral por su fuerza vital, conoce la duracion, pero la duracion corta. Aparece y desaparece en el intervalo de una revolucion de la tierra alrededor del sol. Aun en donde

parece vivir más, como en el árbol, muere periódicamente cada año. Despues de haber cortado las capas concéntricas del plátano, la ciencia dice que el plátano ha vivido mil años: y deberia decir más bien para ser verdad, que mil generaciones han vivido sucesivamente sobre el mismo tronco, como sobre el mismo pedestal, y han ido dejando en las fibras de la madera las señales de su existencia. Pero esta superposicion, ó mejor este aluvion secular de fibras, es la vida pasada, desvanecida del árbol, su parte histórica defendida y conservada por la parte viva y activa refugiada, esparcida por la circunferencia, la memoria acumulada en las distintas explosiones de hojas que han brotado de la corteza por anualidades; la insensible relacion del presente con el pasado, la oscura profecía de lo que será más tarde en otro grado de la vida, en la reminiscencia.

El tronco está tan poco interesado en el acto de la vegetacion, que puede morir en el centro, caer en polvo, sin dejar por eso de brotar y de estar verde por la superficie. Por este lado toca al mineral, y le sirve como de transicion. Se reviste como él de una forma geométrica, la línea cúbica esparcida en ramas, como él duerme en la indiferencia y en la insensibilidad. La vida esterior del mundo le atraviesa continuamente, sin hacer vibrar en él el sentimiento de la existencia. Vive sin saber que vive, y muere sin saber que ha vivido. Pertenece á la atmósfera, al planeta, sin poder escaparse un solo momento de su sujecion. Su destino, enteramente dependiente, está sujeto á reglas como la influencia de la temperatura y la marcha de la gravedad; cierra sus hojas de noche y las pierde al acabarse la estacion.

A pesar de esto el árbol tiene una gran superioridad sobre el mineral. Crece, y en su contínuo movimiento de crecimiento se sale de su límite. Aun cuando no sea más que al desplegar sus ramas, ocupa más sitio en el espacio. Funciona de varios modos, y tiene para cada funcion distintos órganos. Aspira, respira, asimila y reproduce. Un génio plástico escondido bajo la corteza, distribuye con armonía la vida por todas las partes de su circunferencia.

El vegetal existe individualmente, tiene existencia determinada. No se le puede romper en pedazos como al mineral, porque muere. Posee, pues, la individualidad, aurora precursora de la personalidad. Afecta una forma, y una forma tanto más libre, ó tanto más variada, cuanto que los órganos en él viven más, y que está más elevado en la gerarquía de la vegetacion. Por eso la línea es más incidental, más multiplicada en la flor que en la hoja; más en la hoja que en las ramas. Posee en fin, el color tanto más rico y más intenso cuanto que manifiesta una gran vitalidad y que ejerce más altas funciones. Por eso la hoja tiene mejor colorido que la rama, aun cuando su color es uniforme, y no varía más que en las tintas más ó ménos claras, más ó ménos oscuras, mientras que la flor, hora suprema de las plantas, refleja todos los colores del prisma, sobre los tules vivos de su corola.

Y aun hay más. El vegetal participa de la idea de eternidad por la regeneracion. Tiene el primero en la tierra, á través de su profundo sueño, el presentimien-

to confuso de lo infinito; cuando se regenera, ó por mejor decir, cuando entra en la perpetuidad de la especie, siente la vida exaltarse como un ímpetu de lirismo, se adorna con lujo para celebrar la fiesta anual de su apoteósis, y arrebata al iris sus más suaves armonías; inunda de perfumes el lecho nupcial donde ha de recibir de noche el beso de la misteriosa Psiquis, y entona así con todas las voces de las plantas el hossana glorioso de su entrada en la posteridad. El instinto profundo de los pueblos ha esparcido siempre flores sobre las tumbas. Porque ha comprendido que eran los primeros himnos de la inmortalidad.

Parece que este momento de entusiasmo sagrado, le eleva más allá de su naturaleza. Se apodera del espacio. Envia al viento su simiente alada para que busque otra patria. Y cuando la palma que cubre con la sombra de una hoja el sueño de una familia, llega á los cincuenta años, el árbol gigante saluda por medio de una esplosion esta hora suprema. El elegante *espádice* en forma de candelabro, que corona el ramo de palmas, estalla, y racimos de flores brotan por todas las hendiduras de la corteza. Y el árbol, melancólico en medio de su gloria, despues de haber sospechado el infinito, languidece bajo su corona, y muere esparciendo á sus piés una lluvia de semilla, generacion inagotable que ha de brotar de este polvo.

El vegetal puede morir. Se le cuenta entre el número de las creaciones. Un acto de su existencia le une al infinito. Tambien por él se une al progreso. El vegetal cumple por sí solo una série indefinida de iniciaciones á una vida superior. Pasa de metamórfosis en

metamórfosis desde la seta al plátano, y en cada nueva evolucion, refleja, si no una parte más grande, al ménos una imágen más viva de la duracion. La higuera de la India, inmenso pólipo, vivíparo, toma raíces con sus mismas ramas, y arroja en torno suyo en medio del espacio, una selva nacida de un solo tronco y unida ú este tronco por una línea flotante de ogivas. La higuera es el primer paso aun encadenado de la vida orgánica en el planeta. En fin, esta llega como en el *onobrique oscilante*, una pantomima confusa del movimiento: pero no puede pasar de allí, y se para.

El animal continúa la série y la ciencia escribe su último capítulo.

El animal elevado á su más alta fórmula, es el primero que se encuentra libre de las cadenas de la gravedad. Vive sin estar condenado á vegetar en un sitio y desaparecer en un año. Dios le ha dado la magnífica prerogativa de la locomocion y de la longevidad. Anda, vive, transforma y renueva su existencia. Toma posesion del espacio por el movimiento; de la duracion, por la evaluacion, y al mismo tiempo por la misma ley, se apodera de todas las fuerzas y de todas las riquezas de la vida repartidas en la duracion y en la extension.

Penetrando así en la idea de inmensidad y de eternidad, estas dos esencias de la persona divina, dan á su sér un poder de personalidad más grande. Y aunque en esta página de la vida la personalidad reside únicamente en la especie: aunque la abeja copie exactamente á la abeja, y la reproduzca invariablemente como la misma efigie acuñada de la misma moneda;

aunque construya perpétuamente el mismo alvéolo, segun la misma idea ya concebida y fatalmente impresa en la cera, se puede decir que el animal por el sitio que ocupa y por el tiempo es un sér personal. Tiene un centro, un yo con diversas avenidas simétricamente abiertas al rededor del cerebro, sobre el mundo esterior, para verle, oirle, olerle y sentirle; y distintas ramificaciones nerviosas que llegan hasta la epidermis y que se esparcen por todo el cuerpo para llevar las sensaciones al cerebro, y trasmitirlas del cerebro á todas las ruedas del mecanismo, bajo la forma de voluntad.

Porque el animal quiere, sabe, retiene; reflexiona, da pruebas de memoria, de prevision, y vive así en lo futuro y en lo pasado estando en lo presente. Crece, respira sin duda como el vegetal, por un movimiento involuntario y del que no sabe el secreto; pero para llenar este trabajo fiisiológico, toma prestada á la materia exterior mayor cantidad de oxígeno, de luz, de calor y de electricidad. Tiene en el corazon un fuego siempre encendido por el soplo de la respiracion para sustraerle al dominio caprichoso de las estaciones, y mientras que la sávia corre lentamente incolora é insensible bajo la corteza de la encina, la sangre esparce con rápido ritmo la llama y la púrpura en las arterias.

En fin, este reino privilegiado entre todos los otros reinos de la creacion, refleja en las alas de la mariposa y del pájaro, en la piel del antílope y de la pantera, sobre el nácar del pez, y en el brillo de la luciérnaga, todos los tonos del color; encarnados, azules, verdes, anaranjados, negros, blancos, amarillentos, ce-

nicientos y morados, que pueden marcar á la vista por la diversidad, tinta ó armonia del tono, una riqueza del sér, un poder, una alegría, una voluptuosidad. Se escapa á la forma geométrica, que es la celda estrecha del sér inferior; multiplica en su configuracion todas las formas geométricas posibles, esféricas, elípticas, cónicas, cúbicas, prismáticas, cilíndricas, pero todas fundidas, todas borradas unas por otras, como para traducir en innumerables curvas las innumerables tendencias de su vida al infinito.

Tambien entra en la inmortalidad por la regeneracion, pero con más magnificencia que el vegetal, con más poesía. Entónces toma una alma nueva, la voz para celebrar esta hora de Dios, que la planta celebra únicamente con la poesía muda del color y del perfume. Viene la primavera, la noche se estiende sobre el valle en tibio misterio, llena de vagos deseos, de vagas languideces. La tierra despliega ante las estrellas sobre su lecho nupcial un velo de vapor y de rocío. A traves de esta sombra húmeda y perfumada, casta caricia de la naturaleza esparcida en la atmósfera, el caballo relincha, el ciervo muge, el toro brama y el leon hace retumbar el desierto con su ronco rugido.

Pero el poeta apasionado de esa noche, es el pájaro escondido á la entrada del bosque bajo el citiso ó bajo el perfumado espino. Cantor inspirado, lanza primeramente una nota aguda, prolongada y precipitada en estremecedoras y rápidas entonaciones, como la primera estrofa impaciente y brusca de su canto de amor. Coge la estrofa siguiente con nuevo fuego, fuera de sí y átomo imperceptible de la selva, la lanza hasta e

límite del horizonte; su sér pasa entero en este epitalamio admirable que convida á la naturaleza á su himeneo místico con la eternidad, y que brota como una cascada sonora en medio del silencio del valle; despues, cuando ha llegado la hora, vibra su sér estremecido de amor, arde con un fuego divino, y cae, el ala estendida y palpitante, herido sobre el altar, fénix misterioso consumido en su propio fuego, para renacer en sus cenizas por medio de su descendencia.

Despues de haber entrevisto así la inmortalidad á través de la llama del Sinaí, y de haber respondido á Dios con una explosion suprema de vida, guarda melancólicamente en sí este momento de éxtasis, como un secreto; se vá y no vuelve á entonar el himno interrumpido hasta la nueva primavera.

Si el vegetal verifica el progreso de sí mismo, tambien con mas razon, el animal, progreso del vegetal, continua la evolucion. Y en efecto, desde la esponja, puñado de polvo animado que parece ha dejado caer Dios por descuido á sus piés ántes de darle forma; desde el imperceptible politalamio, molécula microscópica de vida sepultada en la noche del Océano; desde la *discerea*, nieve animada, esparcida encima de la nieve de las montañas; desde el coral que se levanta silenciosamente del lecho del abismo, hasta el musgo inerte que flota sobre los hielos del polo, hasta el pulgon, hasta el moscon, hasta la cigarra, hasta el gilguero, hasta el caballo, hasta el perro, compañero afectuoso del hombre, la naturaleza inspirada en la inagotable difusion sobre la tierra, es la vida bajo la tierra y alrededor de la tierra, por todas partes, como si hubiera querido que cada partícula del globo y del aire tuviese su huésped, su ruido, su movimiento y su palpitacion: la naturaleza magnánima y capaz de perfeccion en sus creaciones, encamina continuamente al animal de punto en punto: por medio de los organismos cada vez mas hábiles, cada vez mas numerosos, del sonambulismo al instinto y del instinto á la inteligencia. Llegada á esta frontera descansa un momento para soñar una obra nueva.